



María del Carmen Vázquez Mantecón

Cohetes de regocijo

Una interpretación de la fiesta mexicana

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

264 p.

(Serie Historia General, 35)

ISBN 978-607-02-9484-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de septiembre de 2022

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cohetes/682.html>

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

JUDAS Y LA TRAICIÓN EN MÉXICO

Desde el origen de la humanidad, la traición ha formado parte de la trama de su historia. Hacia fines del siglo XVI se explicaba como “alevosía y engaño” y, según Sebastián de Covarrubias, venía de la voz latina *trado* (entregar), definiéndose por lo tanto al “traydor”, como el que engañaba a alguien poniéndolo en manos de sus enemigos. Fue así que “Judas Escariote” —el Apóstol que habría besado falsamente a Jesús señalándolo a los soldados que buscaban su captura— fue en la mentalidad de ese tiempo, el modelo de traidor por haber vendido a su maestro. Sin embargo, en ese imaginario pesaba más el que se hubiera arrepentido, por lo que dominó este valor en la connotación de la voz “Judas”, que, apunta Covarrubias, valía para nombrar “al que confiesa”.¹ Los cambios políticos y religiosos, dotarían a la conducta traidora y al referente Judas con nuevos significados. En el siglo XVIII, la traición era la falta de fidelidad y lealtad a un príncipe, un soberano o a la confianza de algún amigo y, en general, se consideraba como la infracción a todo juramento o fe. A su vez, el calificativo “Judas”, a partir de entonces, ya sólo fue usado como sinónimo de traidor.

La España católica de los siglos XVII y XVIII, se refería con el nombre de Judas a un monigote de trapo relleno de paja, al que apedreaban y quemaban en las calles el Sábado Santo, cualquier otro día de la Cuaresma o la víspera de San José.² El apelativo de

¹ Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana o española*, Barcelona, Alta Fulla, 1998 [ediciones anteriores: 1611 y 1674].

² Según el sacerdote Juan Muret, viajero en Madrid entre 1666 y 1667, él vio durante la Semana Santa mientras paseaba por las calles de esa ciudad “a un Judas que había sido ahorcado en todos los barrios; o a otros que después de haber sido expuestos durante tres días eran quemados el sábado con execraciones espantosas”. Véase *Madrid en la prosa de viaje. Siglos XV, XVI y XVII*, estudio y selección de José Luis Checa, Madrid, Comunidad de Madrid, 1992, p. 186. Véase, asimismo, *Diccionario*

esas figuras grotescas, aludía no sólo al Judas histórico, sino a toda personalidad traidora.³ Según Peter Burke, no se ha hecho un registro de aquellos “personajes impopulares” que en la Europa Moderna (1500-1800) fueron “colgados o quemados en efígie”, pero destacarían en esa lista Judas, Maquiavelo, el cardenal Mazarino, Thomas Paine y, entre otros, el mismo Papa.⁴ Este autor señala como origen simbólico de ese comportamiento, la incineración de la figura ridícula de “carneval”,⁵ aunque me parece necesario subrayar, que a ésta no se le calcinaba precisamente por traición, sino como el símbolo opuesto a la Cuaresma.⁶



A partir de la maquinaria inquisitorial, que desde el siglo XIII concebía el concepto de herejía como un crimen asimilado a la alta traición —por aberración de la fe en la divina majestad—, Judas Iscariote fue condenado como hereje,⁷ sin olvidar que éstos eran quemados en persona o en efígie en grandes y pretendidamente

de Autoridades, 1734, 1780, 1817, 1884; y Esteban Terreros y Pando, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesa, latina e italiana*, Madrid, Imprenta de la viuda de Ibarra, hijos y Cía, 1787, t. II.

³ En el afrancesado Madrid del mediar del siglo XVIII, Judas de trapo rellenos de paja y vestidos de anticuada golilla y severa ropa negra, pendían de sogas por las calles en algún Jueves Santo. Véase Diego de Torres y Villarroel, *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte*, España, Imprenta de la Santa Cruz, 1743, citado por José Manuel Fraile Gil, “Peleles y coplas del Carnaval madrileño”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, julio-diciembre de 2007, v. LXII, n. 2, p. 211. Hacia 1772 se prohibió en la ciudad de Madrid la quema de Judas y el empleo de cohetes en ellos.

⁴ Peter Burke, *La cultura popular en la Europa Moderna*, Madrid, Alianza Universidad, 1991, p. 284.

⁵ *Ibidem.*

⁶ Sin embargo, se ha documentado en algunos pueblos de la España del siglo XX la convivencia entre Judas y el fantoche del carnaval, ambos convertidos en peleles de trapo y paja, que eran manteados en corro por las mujeres, sobre todo en la Pascua de la Resurrección. No se mencionan peleles antes del siglo XVIII tardío, ni tampoco que hubieran contenido pólvora. Véase José Manuel Fraile Gil, *ibidem*.

⁷ Diego Blázquez Martín, *Herejía y traición: Las doctrinas de la persecución religiosa en el siglo XVI*, Madrid, Dykinson, 2001, p. 26.

didácticos Autos de fe. Se ha señalado, por otra parte, que la condena religiosa a Judas encendió entre los cristianos las llamas del antisemitismo.⁸ El Concilio de Letrán, en el año de 1215, impuso a los judíos una anilla de fieltro o de tela de color amarillo cuya circunferencia era del tamaño de la palma de una mano, que debían portar encima de sus ropas para ser reconocidos y distinguidos de los cristianos.⁹ El imaginario de que los judíos no solamente eran responsables de la muerte de Jesús, sino que, además, hubiera sido traicionado por uno de ellos —Judas— a cambio de dinero, alimentó en el mundo cristiano su condena. Durante la Edad Media, muchos fueron quemados en plazas públicas por distintos motivos y desde entonces, la abundante iconografía representó a Judas con ropas amarillas, color asociado a la traición, explicando esto tal vez, el color de la anilla y de la posterior estrella de David que les obligó a llevar el nazismo en el siglo XX.

Cuando Luis González Obregón, hacia 1920, se preguntó por el origen de la gustada costumbre de prender Judas en México (aunque, según él, para entonces ya un poco decadente), al no encontrar registros coloniales de ningún tipo que la mencionaran, sugirió que podía provenir de la verdadera quema de herejes durante la época colonial. Lo anterior, apelando a la tradición que vio desde su infancia (nació en 1865 y murió en 1938), de la venta de Judas junto con otros muñecos de cartón o de barro que representaban a los herejarcas, adornados éstos con llamas de fuego, demonios, gorro cónico y un palillo en cada mano (como si fueran las velas que portaban los penitenciados en la procesión previa a su castigo) y a la suposición de que en la época colonial los niños ya acostumbraban entre sus juegos la quema de estas figuras.¹⁰

A reserva de que algún día aparezcan las fuentes que confirmen ese juego infantil novohispano, según la opinión de un viajero

⁸ Marvin Meyer [Uno de los traductores del *Evangelio de Judas*], citado por Jorge Caballero, “El *Evangelio de Judas*, otra cara de la historia”, *La Jornada*, 21 de abril de 2006.

⁹ Danièle Sansy, “Marquer la différence: L'imposition de la rouelle au XIIIe et XIVe siècles”, *Médiévales*, n. 41, 2001, p. 15.

¹⁰ Luis González Obregón, “El origen de los ‘Judas’”, *Revista de Revistas*, México, 4 de abril de 1920, p. 7. Véase asimismo José D. J. Núñez y Domínguez, “Los judas en México”, *Mexican Folkways*, v. 5, n. 2, México, 1929.

estadounidense, en la primera mitad del siglo XIX se llegaban a chamuscar herejes y Judas durante algunos Sábados de Gloria. Así lo vio Brantz Mayer en su visita a nuestro país en el decenio de los cuarenta, describiendo una ocasión que le tocó presenciar, con su abundante humareda y con el estallido estruendoso de “millares y millares de Judas y herejes”, colgados de cables atravesados en las calles de la capital.¹¹ Como se trata del único que lo señaló, es posible que su referente fuera la decimonónica costumbre registrada sobre todo en diferentes villas de Alsacia (vigente cada Semana Santa hasta la víspera de la segunda guerra mundial) de quemar en una fogata un maniquí de Judas —el judío eterno— como se demuestra en las cuentas de gastos de la iglesia de Turckheim que incluían para ello la compra de arbustos de boj, de paja y de madera. En Zimmerbach, por ejemplo, las relaciones de las visitas pastorales, colocaban a los judíos en el mismo plano que los blasfemos y los pecadores públicos.¹²



En relación con la ausencia de datos en documentos, historias y crónicas —tanto nacionales como extranjeros— sobre la quema de figuras de Judas en la época colonial mexicana, se hace difícil pensar que, los que desde el siglo XVII dieron cuenta con tanto detalle de la religiosidad, la vida cotidiana y sobre todo de las fiestas de las ciudades de México y de Puebla (por ejemplo, Antonio de Robles, Gregorio de Guijo, Francisco Sedano, José Manuel de Castro, José Gómez, Mariano Veytia o Hipólito Villaroel) hubieran omitido o pasado por alto ese jolgorio popular de los Sábados de Gloria, evidente en el siglo XIX, asunto que sí podemos documentar desde la primera década de esa centuria. Esto me lleva a sugerir, que fue desde entonces cuando comenzó formalmente en México esa tradición y que tuvo como disparador un tema capital de traición política.

¹¹ Brantz Mayer, *México, lo que fue, y lo que es*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 205.

¹² Freddy Raphaël, “Une singulière présence des juifs en Alsace. La construction d’un oubli”, *Plurales Deutschland-Allemagne Plurielle*, edición de Peter Schöttler, Patrice Veit y Michael Verner, Alemania, Wallstein Verlag, 1999, p. 328 y 335.

Éste sucedió en la España que todavía era metrópoli del reino novohispano, aprovechándose esa circunstancia en ambos reinos, para encaminar su propia y deseada independencia.¹³

Dicha traición fue protagonizada, entre 1807 y 1814, por Napoleón Bonaparte, Manuel Godoy, Carlos IV, Fernando de Borbón (que heredaría el trono como Fernando VII) y José I Bonaparte. Aunque casi todos ellos fueron pragmáticamente traidores —Carlos IV y Godoy a Portugal; Napoleón a Carlos IV, a Godoy y a Fernando VII; Fernando a su padre Carlos IV; Godoy a su monarca y a los españoles—, los que fueron juzgados como tales por el pueblo y así pasaron a la historia fueron Manuel Godoy y, sobre todo, Napoleón Bonaparte y por referencia con éste, su hermano José. Esto sobrevino cuando se supo la verdadera intención del emperador de los franceses de que con la invasión de sus tropas a España desde fines de 1807, no intentaba apoderarse de Portugal como lo había planeado con el acuerdo de Godoy y de Carlos IV, sino la de tener el control geoestratégico de las costas hispanas y sus importantes colonias. El grito de “¡traición!” se escuchó desde el motín de Aranjuez en marzo de 1808, éste pedía, entre otras cosas, la destitución de Godoy y se agudizó con el levantamiento popular madrileño del 2 de mayo de ese año, al conocerse la noticia de que Napoleón, al hacer prisionero a Fernando VII, los había dejado sin rey.¹⁴

Durante el mes de marzo de 1809, fue publicada en el *Diario de México* una “Noticia histórica de don Manuel Godoy Álvarez de Faria”, en la que se trató de probar que “ejercía malamente su poder abusando de la confianza del soberano”. Se recordó ahí que todos en España emprendían su vituperio y que nadie lo aplaudía como antaño, oyéndose en Aranjuez los gritos de “Muera el príncipe de la paz”, “muera el traidor”, “muera el choricero”, por lo que se congraciaba el anónimo autor de esa noticia, de que “el famoso

¹³ Una interpretación diferente a la mía puede verse en el libro de William Beezley, *Judas en el Jockey Club y otros episodios del México Porfiriano*, México, El Colegio de San Luis/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2010.

¹⁴ José Manuel Pedrosa, “Canciones y leyendas en torno a la guerra de independencia. Historia y folklore”, en *1808-1812: los emblemas de la libertad*, edición de Alberto Ramos Santana y Alberto Romero Ferre, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2009, p. 140-142.

favorito” estuviera ya en prisión.¹⁵ El mismo día en que se llevó a cabo en la Nueva España el juramento de obediencia a la Junta Central Suprema Gubernativa de España e Indias como depositaria de la soberanía “de nuestro augusto Sr. D. Fernando VII” (20 de marzo de 1809), apareció en ese *Diario* una “Profecía del Pirineo”, en la que, desde el primer verso, se referían a la perfidia, hipocresía, villanía y traición de Napoleón hacia un victimado Fernando.¹⁶ Un día después, ese informativo, anunció que acababa de salir un nuevo papel titulado “Justa ridiculización imperial y real del grande Trapaleón, con aplicación a toda la Napoleonera especialmente al Rey de las once noches”.¹⁷ Esto último, aludía al “intruso” José Bonaparte, que, entre otros muchos apelativos burlones, fue llamado así por sus primeros once días de gobierno en la corte de Madrid, de donde se tuvo que replegar a Burgos como resultado de la derrota de sus tropas en Bailén el 19 de julio de 1808.¹⁸

El Sábado de Gloria de 1809, el *Diario de México*, difundió que circulaba impresa una “receta para fabricar Napoleones” de don Nicolás Gómez de Requena. Ahí también, se dio a conocer una fórmula compuesta en verso en Guatemala por un boticario de nombre Lecornés. Según ésta, los ingredientes para lograr que “con el estallido” fuera inmolado un Napoleón, eran: la serpiente que tentó a Adán y Eva, las sutilezas de treinta mil diablos, la hydra de Lerna con todas sus cabezas, la venganza de las furias y “mucha simiente de traiciones, mentiras y vilezas”, siendo nada menos que “Judas Iscariote”, el que, además de proveer “otras piezas”, era el encargado de revolver y dejar fermentar la mezcla. Estaba seguro el boticario, de que el efecto de la explosión era “infinitamente peor” que el producido por un rayo despedido del averno.¹⁹ Aunque estas recetas no dicen abiertamente que, además, se hubiera tratado de un monigote

¹⁵ *Diario de México*, 19 de marzo de 1809.

¹⁶ *Ibidem*, 20 de marzo de 1809.

¹⁷ *Ibidem*, 21 de marzo de 1809.

¹⁸ El sarcasmo contra éste, agregaba, según este escrito, que después de su intervalo madrileño, por un ataque de diarrea, se había tenido que sentar en una “silla de cagar” en vez de hacerlo en el trono. Hugh M. Hamill, “An ‘Absurd Insurrection’? Creole Insecurity, Pro-Spanish Propaganda and the Hidalgo Revolt”, en *The birth of modern Mexico*, edición de Christon L. Archer, Nueva York, Rowmann & Littlefield Publishers, 2003, p. 77.

¹⁹ *Diario de México*, 1 de abril de 1809.

cuyo destrozo divertiría a la gente, la prueba de que la traición bonapartista adquirió la figura grotesca de Judas, la tenemos en esa misma Semana Santa novohispana de 1809.

Un redactor de la *Gaceta* (firmaba con las iniciales “Br. J. V.”) envió un texto titulado “Judas” al *Diario de México*, que éste publicó el 7 de abril de ese año. Se vanagloriaba su autor de que el Sábado de Gloria, él mismo fabricó y colgó “a Pepe Botellas como vice-gerente de Judas” en la calle del Espíritu Santo. Le parecía que haberlo hecho con algunos petates y con zacate de carbón, eran materiales demasiado “inocentes para un Judas”, pero creía un acierto haberlo vestido “de cochero, siendo éste el símbolo más expresivo de la embriaguez que hace el carácter de Botellas”. Aunque reconocía que lo pudo figurar más horroroso (apelando a “las ideas de los escultores de cámara de Moctezuma”), no dejó de agregar a los lectores el irreverente verso que puso a sus lados, en el que expresaba parecerle normal que un simple mecate pudiera suspender su gravedad, gracias “a los gases de los vinos de su real barriga”. En la última estrofa, condensó el sentido de hacer “un traidor Judas” con objeto de reventarlo en el mismo momento en que se anunciaba la Gloria, manifestando con ello su fe política y religiosa: “Viva el rey Pepe Botellas, primogénito de Baco, vice-Judas por hebreo, pérfido, ladrón, avaro. Celebren su exaltación en este augusto mecate, a gloria de Napoleón y su infernal linaje”.²⁰



A partir de entonces, la propia historia de independencia de la Nueva España, dotaría a sus Sábados de Gloria de sus inherentes Judas traidores. Desde la época colonial y durante el siglo XIX mexicano, se abría la Gloria el sábado cuando a las diez de la mañana en punto, los repiques y el estampido de la artillería avisaban a la gente que el sacerdote había terminado de cantar el *Gloria in excelsis Deo*, anunciando que Cristo había resucitado. Ese era, precisamente, el momento de calcar a los “Judas Iscariotes”. En el mes de abril del año de 1817 en la ciudad de Veracruz, el chamuscado elegido fue el insurgente José Ramón Adaucto Fernández Félix —autonombrado

²⁰ Br. J. V., “Judas”, *Diario de México*, 7 de abril de 1809.

como Guadalupe Victoria)— caído en desgracia entre sus tropas y perseguido por éstas ese mismo año, al perder a manos de los realistas el control de todas las posiciones que había alcanzado. Según Antonio López Matoso, relator de la Audiencia de México condenado por Calleja en 1816 a diez años de destierro en Ceuta por pertenecer al grupo de “los Guadalupes”, en el puerto de Veracruz donde estuvo muchos meses antes de salir a La Habana, y donde, según él “hay eclesiásticos bastantes”, se cantaba la Gloria sin falta y también en sus calles, “como sucede en México, hay aquello de quemar Judas”, poniendo los veracruzanos ese día (se pudo haber tratado tanto de proclives a la independencia como de funcionarios y clérigos pro-hispanos) “muchas figurillas de Victoria”.²¹

La hipótesis de que los Judas de la Nueva España y de México se empezaron a prender asociados a su historia de traiciones políticas decimonónicas, se refuerza no sólo con los ejemplos anteriores, sino con un escrito temprano (1822) de Carlos María de Bustamante titulado *Quien quiera encontrar un Judas que lo busque entre nosotros*. Su mensaje, en pocas palabras, era alertar a los mexicanos a no dejarse embargar del dulce sueño de la independencia, porque aún había muchos peligros. Creía que “los muchachos” hacían lo que fuera por comprar “un Judas”, por el solo gusto de verlo arder y destruirse el Sábado de Gloria. Los describió como “títeres” o “figurachos de armazón” en los que se manifestaba “el castigo horroroso a que se hizo acreedor aquél pérfido discípulo”. A los Judas traidores de carne y hueso, según Bustamante, los habían de conocer sus congéneres, para liberarse de sus daños “sin contentarse con el simple gusto de quemarlos”. Se trataba, según don Carlos, de los que querían dictar leyes a su arbitrio, los que pretendían emplear a los que no eran aptos y también de los políticos que lo sacrificaban todo a su ambición, a su avaricia y a su amor propio,”²² en un mensaje

²¹ Antonio López Matoso, “Viaje de perico ligero al país de los moros, 1816-1817”, en Jim C. Tatum, “Veracruz en 1816-1817: Fragmento del Diario de Antonio López Matoso”, en *Historia Mexicana*, v. 19, n. 1, 1969, p. 120. López Matoso nunca llegó a Ceuta, ya que después de permanecer en Cuba, pudo regresar a México gracias al indulto del virrey Juan Ruiz de Apodaca. Guadalupe Victoria, por su parte, se ocultó a partir de los sucesos de 1817 y sería de los pocos que no aceptó ese indulto.

²² Biblioteca Nacional de México, *Fondo Lafragua*, LAF261, Carlos María de Bustamante, *Quien quiera encontrar un Judas que lo busque entre nosotros*, México, Imprenta de Ontiveros, 1822.

que apelaba sin nombrar, la traición del emperador Agustín de Iturbide al Congreso y a sus juramentos. Lo que Bustamante comprobaría a lo largo de los años que siguieron, es que los vicios traidores —que se perdían en las profundidades de la historia política de la humanidad— se sucederían sin parar en los distintos regímenes que sobrevendrían en el México Republicano. También hay que agregar lo señalado por el viajero alemán Carl Christian Becher, quien escribió que con el revuelo de las campanas del Sábado de Gloria, no sólo estallaba el estrépito y la vocinglería, sino que perecían en la hoguera los que llamó “pobres Judas que en innumerables formas y configuraciones se hallaban colgados en medio de las calles”. Lo interesante de su comentario, es que acentuó el hecho de que “en lugar de colgar y quemar la efigie de Judas”, los abundantes “ciudadanos de México” hacían la quemazón con “la inequívoca figura de cualquiera de los personajes oficiales que odian”.²³

En varias ocasiones fue prohibida la costumbre de poner en los Judas nombres o alusiones a personas determinadas. Así lo demuestran, por ejemplo, los bandos de los gobernadores de la capital de los años de 1824, 1825, 1832, 1849, 1853, 1854 y 1868. Es significativo, que sólo en dos ocasiones (1847-1848 y 1865)²⁴ fue vetada cualquier quema de figuras o efigies de Judas (con referencias a alguien o sin ellas), momentos de deseada tranquilidad pública por la impopular presencia de tropas extranjeras. Vale la pena citar el discurso que se empleó sobre el asunto en el bando de 1832, porque resume muy bien lo que caracterizó al primer y más importante significado de los Judas mexicanos decimonónicos. Según Miguel Cervantes, entonces gobernador del Distrito Federal, desde años anteriores había observado el “intolerable abuso” de “poner letreros, nombres y trajes alusivos” de personas señaladas, “a los Judas que se acostumbraba quemar en las calles”. Informado de que ya se preparaban “figuras ridículas” para ese año, resolvió “evitar ese exceso” —apoyado en los bandos de 1824 y 1825 que ya lo estipulaban— prohibiendo una vez más que los Judas contaran con insinuaciones personales,

²³ Carl Christian Becher, *Cartas sobre México: La República Mexicana durante los años decisivos de 1832 y 1833*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959, p. 98-99.

²⁴ Archivo Histórico del Distrito Federal [en adelante AHDF], *Gobierno del Distrito Federal*, c. 16, exp. 30, marzo de 1847 y c. 17, exp. 18, abril de 1848. Asimismo, José D. J. Núñez y Domínguez, “Los Judas en México”..., *op. cit.*, p. 98.

comportamiento que calificó como “siniestro y depravado.”²⁵ Por su parte, en el decreto de prohibición de 1848, el gobernador Juan María Florez y Terán se refirió a la quema de “muñecos” como una “inveterada costumbre”, que había llegado al “abuso” de hacer menciones “groseras” en figuras “indecentes”, que se presentaban al público. Como estaba seguro de que tolerarlo en esos momentos acarrearía “funestos resultados”, y para no ofender “la delicadeza de particulares y corporaciones”, prohibió en esa Cuaresma el uso de cohetes de mano, cámaras, proyectiles estrepitosos y “los fuegos que vulgarmente se conocen con el nombre de Judas”, remitiendo a la cárcel a cualquiera de sus vendedores.²⁶

Ningún gobierno —salvo los dos casos señalados— pudo frenar la autorización de incendiar Judas en los días santos y hubieron permisos y algunas penas para los que buscaran ridiculizar, como lo repitió el bando de 1849, incluyendo ese año, el vituperio de cualquier “clase social”.²⁷ En *El Siglo Diez y Nueve* del 30 de marzo de 1850, un anónimo escritor de ideas liberales, dejó su versión sobre el simbolismo de los Judas, referido a los variados tipos de traidores que podían encontrarse en el México de entonces. Aunque se colgara a los Judas “de chanza”, escribió, esos existían verdaderamente, nombrando por un lado, a los que se parecían al apóstol por faltar a su compromiso y ser hipócritas, y por otro, a los beatos, los agiotistas, los yorkinos vueltos conservadores, los mayordomos de convento que en las noches iban con chinas, los puros que luego se unieron a Santa Anna y a los monarquistas que llegaron de Ultramar sin un duro.²⁸ Entre los personajes predilectos en la simbólica quema, predominó el controvertido e indispensable Antonio López de Santa Anna, de quien en 1842, Carlos María de Bustamante contara que en la Semana Santa de ese año, la diversión fueron los “Judas cojos”.²⁹

²⁵ Bando del 17 de abril de 1832, en Juan N. Rodríguez de San Miguel, *Pandectas Hispanoamericanas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, t. I, p. 799. Véase también Archivo General de la Nación [en adelante AGN], *Gobernación, Sin Sección*, c. 335, exp. 25, 1832 y c. 345, exp. 4, 1832.

²⁶ *Ibidem*, c. 345, exp. 6, abril de 1848.

²⁷ AHDF, *Gobierno del Distrito Federal*, v. 86, f. 295, 3 de abril de 1849 y c. 19, exp. 16, 23 de marzo de 1850.

²⁸ *El Siglo Diez y Nueve*, 30 de marzo de 1850.

²⁹ Carlos María de Bustamante, *Apuntes para la historia del gobierno del general Antonio López de Santa Anna desde principios de octubre de 1841 hasta el 6 de diciembre de*

Incluso, pudiera decirse que a pesar del discurso que consideraba esa costumbre como una vulgaridad o una indecencia y que parecía darle mucha importancia a su intento por erradicar la ridiculización, era entre las distintas administraciones una tolerada válvula de escape y así, en los años de 1853 y 1854, cuando el caudillo regresó al poder encarnando el papel de dictador, las disposiciones sobre “la quema de muñecos”, se limitaron a tratar de evitar abusos y a prohibir la incineración y la venta de Judas “que ridiculicen a alguna clase de la sociedad o alguna persona determinada”.³⁰ Guillermo Prieto apuntó hacia 1855, que después de la Independencia, los Judas representaban “ya a Barradas, ya a Baudin, ya a Canaliz y ya a Santa Anna”, pero también agregó que el Judas podía ser el desahogo contra el usurero o la burla a la coqueta —lo que indica que también había Judas féminas— pero citó lo que habría dicho una tal doña Dionisia, sobre que “era el modo con que se desquitaba el pueblo de los de arriba”.³¹

Durante la Semana Santa de abril de 1862, los Judas colgados en las calles portaban rotulones que decían “Almonte”, “el Traidor Almonte”, “Juan Pamuceno” o “Almonte Judas Mexicano”, aclarando a los lectores extranjeros el periódico que dio la noticia, que para evitar que se creyera en París que era un llamamiento popular al protegido de las armas francesas, o una manifestación en su favor, debían decir que se trataba de una costumbre “inmemorial” de quemar en México los Sábados de Gloria muñecos “de ridículas figuras en señal de odio al Apóstol que vendió a Jesucristo”, que ese año había elegido como tal a uno que, sin embargo, había tenido antecedentes más honrosos.³² Las notabilidades del segundo Imperio, no se escaparon tampoco de tener sus Judas, como fue el caso del monigote que, de acuerdo a Guillermo Prieto, en su leyenda ingeniosa decía “¡Fo Rey!”,³³ en alusión a la soberbia del mariscal invasor

1844 en el que fue depuesto del mando por uniforme voluntad de la nación, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 53.

³⁰ AHDF, *Gobierno del Distrito Federal*, c. 20, exp. 84, 17 de marzo de 1853; y AGN, *Gobernación, Sin Sección*, c. 431, exp. 4, abril de 1854.

³¹ Guillermo Prieto, *Actualidades de la Semana*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1996, t. II, p. 537-539.

³² *El Siglo Diez y Nueve*, 16 de abril de 1862. Juan Nepomuceno Almonte era hijo del héroe insurgente José María Morelos.

³³ Prieto, *Actualidades...*, II, p. 537-539.

de la armada francesa Frédéric Forey. Incluso ese honor le tocaría también a los liberales que triunfaron sobre la monarquía a partir de 1867, ya que un bando del año siguiente insistía en prohibir los Judas que tuvieran la intención de poner en ridículo, nada más y nada menos que a “algún personaje”,³⁴ sugiriendo la palabra “personaje”, que podría tratarse del mismo presidente Benito Juárez o de alguno de sus colaboradores más cercanos.

Otros indicios de que la ignición del remedo del apóstol traicionero pudo tener en México un origen asociado a la traición política, la encontramos en un relato de Ignacio Manuel Altamirano. Ésto a propósito de la celebración solemne de la Semana Santa entre la religiosa comunidad indígena de Tixtla, Guerrero, en cuyo Sábado de Gloria, dijo ese cronista, ni había tumultos en las iglesias, ni tampoco quema de Judas.³⁵ Asimismo, en un comentario de Guillermo Prieto vertido hacia 1869, en el cual apuntó que esa tradición de poner en ridículo a ciertas personas había empezado a decaer, notando que “en los Judas no hay como antes una sola alusión de circunstancias”. Le pareció que los de ese año habían perdido todo su interés, según él, por el contrasentido que tenía quemar a los de cartón, mientras, al mismo tiempo, “se llena de consideraciones a los que están entre nosotros”.³⁶



El significado religioso que también pudo tener quemar Judas el Sábado Santo, no pasó desapercibido para algunos cronistas nacionales y no pocos viajeros que visitaron nuestro país durante la primera mitad del siglo XIX, como podemos leerlo, por ejemplo, en las cartas de madame Calderón de la Barca o en el ensayo de Eduard Mühlénpfordt.³⁷ Brantz Mayer, a su vez, buscó y no encontró en esa

³⁴ AHDF, *Fondo Municipalidades*, Sección Tacubaya, 1868.

³⁵ Ignacio Manuel Altamirano, *Textos costumbristas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 53.

³⁶ Prieto, “Semana Santa”, *Actualidades...*, t. I, p. 455 y 460-461.

³⁷ Madame Calderón de la Barca [Frances Erskine Inglis], *La vida en México*, 2 t., México, Editorial Hispano Mexicana, 1945, p. 145-146 y Eduard Mühlénpfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, 2 t., México, Banco de México, 1993, p. 258.

quema un valor religioso de auténtico fervor, si bien él tampoco llegó a descubrir la metáfora implícita en la mayoría de las figuras. Desde su punto de vista puritano, un Sábado de Gloria de la ciudad de México significaba “bocacalles atestadas de gentes, humaredas, alaridos, chacota, trapisonda de carruajes, piafar de caballos, tronar de Judas, cacería de perros a lazo y desatinos de toda suerte”. Para este autor, “el acontecimiento más tremendo de la historia de la religión” se convertía en “una farsa caricaturesca”, en “un espectáculo bárbaro y chabacano”, que dejaba “pasmado y boquiabierto al vulgo ignorante y rastrero”, denotando a su vez “la vanidosa ostentación de las clases superiores”, que, según él, menoscababa el efecto que debían tener esas solemnidades.³⁸ No se dio cuenta de que esa costumbre, disfrutada y auspiciada por el pueblo que ese día tomaba la calle para vengarse simbólicamente de los poderosos que lo traicionaban, era tan importante para éste, como lo era, asimismo, el ritual litúrgico que la enmarcaba.

Por otro lado, lo que sí podemos apreciar en todos esos escritos es la evolución y confección de esos monigotes que ya eran elaborados con cartón, o que aunque fueran todavía de trapo y paja, llevaban mucha “pólvora” y decenas de “cohetes y petardos”,³⁹ gracias a la notable evolución (ampliamente reconocida por esos viajeros) de la calidad de los artesanos pirotécnicos mexicanos que adaptaron su técnica a la costumbre de quemar al hereje architraidor, mejorando con ella su efecto dramático. Carbonizar Judas era un aspecto más de la Semana Santa mexicana decimonónica y no se entiende separada de ésta. Contamos con muchos testimonios que dan fe de que todos esos días, se vivían con gran solemnidad. No sólo era, como escribió Guillermo Prieto, uno de los acontecimientos religiosos de más cuantía, sino también un suceso íntimo (se daban arreglos, reconciliaciones y restituciones entre amigos y familias), un motivo para el comercio y la afluencia de gente (entre otras cosas por el consumo de alimentos especiales como el guajolote asado o en mole y los pescados y guisos de las vigiliass y por el estreno de vestidos), un tiempo de sermones, de procesiones, de monumentos, de Judas

³⁸ Mayer, *op. cit.*

³⁹ Calderón de la Barca, *op. cit.* y Eduard Mühlenpfordt, *op. cit.*

y de mucha gloria, en una ceremonia en el templo en la que, entre cánticos y expectante música de órgano, se rasgaba el velo apareciendo Cristo “en su triunfal Resurrección”.⁴⁰

En cuanto a uno más de sus referentes religiosos, llamó la atención de los extranjeros la tradición de algunos pueblos cercanos a la capital de representar la Pasión de Cristo con personajes vivos, en la que se esperaba el momento culminante del beso traidor de Judas. Madame Calderón de la Barca, por ejemplo, estaba dispuesta a creer lo que le habían dicho, después de haberla visto en Coyoacán en el año de 1841, de que en algunos lugares, el que hacía el papel de Judas solía colgarse de algún árbol, o era el mismo pueblo el que lo ahorcaba.⁴¹ Otro que vio una representación de la Pasión “en algún pueblo de México” el Jueves Santo de 1850, fue Christian Sartorius; le pareció que en la escena del Monte de los Olivos cuando los apóstoles se tendieron a dormir en el césped, se había logrado una atmósfera mágica por la luz mortecina de varios farolillos de colores. De repente, escribió, se escuchó una voz que decía “y ya se acerca Judas, el vil réprobo, escoria de la humanidad, orgullo del infierno. Mirad y orad cristianos, se aproxima la hora del juicio, mirad, mirad, viene el monstruo”. Después de un chocar de armas, aparecieron los guardias con Judas a la cabeza, personaje que cubría su cara “con una máscara terrorífica”, que acercado a Cristo le dio “el beso traidor”, concluyendo la escena con la sujeción y aprensión “del cordero inocente”.⁴²

Esa *voz en off* provenía de un sacerdote —que Sartorius llamó “predicador” —, fundamental agente transmisor de ese imaginario, que, entre otras cosas, llevará a la iniciativa popular, hacia la segunda mitad de ese siglo, a moldear a los Judas monigotes como diablos terroríficos. El mismo Guillermo Prieto evocaría que su nana, se refería a las representaciones de la Pasión en San Antonio Tomatlán o en Santa Cruz de Acatlán, como “un Nuevo Testamento que no había ojos con qué verlo”.⁴³ Además, según este cronista, la representación de la Pasión en el pueblo de Tacubaya entre los años de 1840 y 1855, tenía entre sus papeles principales, los de Jesús,

⁴⁰ Prieto, *Actualidades...*, t. I, p. 448-449 y 454-455.

⁴¹ Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 387.

⁴² Carl Christian Sartorius, *México hacia 1850*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, p. 265 (Cien de México).

⁴³ Prieto, *Actualidades...*, t. II, p. 154-156.

el centurión que pronunciaba la sentencia, San Dimas y el mal ladrón, la Virgen y Magdalena y, por supuesto, Judas, quien protagonizaba el prendimiento tocando un silbato, en medio de una verdadera lluvia de palos entre los amigos de Jesús y los judíos. Estos zafarranchos, volvían a tener lugar el Sábado de Gloria después de tronar a los Judas, cuando en las puertas de las pulquerías y vinaterías y en las esquinas, judíos y cristianos —según Prieto— se daban furibundas golpizas “por el puro gusto de ver que ha resucitado el Salvador del mundo”.⁴⁴

Un asunto que también iba de la mano de esa distensión que significaba el reventar de los Judas y su característico escándalo, era el ensañamiento con los perros que huían despavoridos con el estallido de los cohetes. Contó al respecto Eduard Mühlénfordt, que “los léperos de las ciudades” colocados de dos en dos en ambas esquinas de una calle, tendían una cuerda que estiraban con mucha habilidad cuando pasaba un veloz perro asustado, sin poder escapar ninguno a ser lanzado al aire.⁴⁵ Al comerciante de Hamburgo Carl Christian Becher, le resultaba “bastante cómico” y alabó la “maestría” con la que “los léperos” tiraban de la cuerda logrando que ningún perro escapara del “violento vuelo”.⁴⁶ Brantz Mayer subrayó la notoriedad que pudo haber tenido ese entretenimiento, al mencionar que eran “catervas de perros”, las que pululaban por toda la capital.⁴⁷ La abundante presencia canina con sus ladridos y su escape, fue registrada también por varios escritores nacionales que lo vivieron en el tránsito de la primera a la segunda mitad de ese siglo XIX en la ciudad de México, como Guillermo Prieto, Marcos Arróniz y Antonio García Cubas, refiriendo este último, que los muchachos estaban prevenidos en las esquinas con largas cuerdas con las que “echaban manganas” a los perros que asustados por los truenos, daban en el aire “dos o tres saltos mortales”.⁴⁸



⁴⁴ Guillermo Prieto, *Memorias de mis Tiempos*, México, Porrúa, 1985, p. 169-172.

⁴⁵ Mühlénfordt, *op. cit.*, p. 259.

⁴⁶ Becher, *op. cit.*

⁴⁷ Mayer, *op. cit.*

⁴⁸ Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946 (Biblioteca Popular), p. 334-335.

Durante la primera mitad de la centuria, los Judas podían ser “las figuras más colosales, hasta juditas plebeyos y enanos acomodados a las más miserables fortunas”.⁴⁹ A los “gigantescos”, los quemaban los “panaderos, tocineros o vinateros” (en parte para promoverse pero también para regalar al populacho) agregando al cuello de los monigotes, panes, chorizos, salchichas y golosinas entre otros objetos.⁵⁰ Antonio García Cubas recordaba, por ejemplo, que las azoteas de las panaderías se veían repletas de gente enharinada esperando el repique de Catedral, para prender los Judas que portaban sacos llenos de pan y tripas de aguardiente en las manos, lo que atraía al lugar a mucha gente del pueblo.⁵¹ En algunos casos, llegaron a ser, al decir de Prieto, “milagros de escultura”, destacando en los primeros tiempos el trabajo del judero Severino Jiménez y en los que siguieron, los de la familia Yáñez, “honra del barrio de San Pablo”.⁵²

El alemán Carl Christian Sartorius fue de los pocos extranjeros que no se sintió ofendido con el “buen humor de los mexicanos”, que, dijo, los Sábados de Gloria daban rienda suelta a sus sentimientos restringidos. Contó —aunque, por supuesto, no fue el único— que la gente representaba a Judas en figuras de cartón, “todas de horrible aspecto”, que rellenaban con cohetes, triquitraques y buscapié. Explicó que por todas partes eran colgados en cuerdas que pendían de un lado a otro de las calles, esperando la gente con ansia que dieran las diez para tronarlos. Abundando en la historia sonora de ese festejo (que contrastaba notablemente con el silencio fervoroso de los dos días anteriores) dejó testimonio de que entre el estallido de pólvora y la gritería de la multitud, el ruido era “infernial”. Notó que la diversión era de chicos y grandes, a los que vio bailar y cantar alrededor de una hoguera enorme, en la que las figuras terminaban de chamuscarse.⁵³

Guillermo Prieto, entre otros, rememoraría que a toda esa estridencia, debía agregarse la “alharaca” de las matracas (hechas de madera, hoja de lata y a veces, de plata), que se vendían insertadas

⁴⁹ Prieto, *Actualidades...*, t. I, p. 449-450.

⁵⁰ *Ibidem*, t. I, p. 454-455.

⁵¹ García Cubas, *El libro de mis recuerdos...*, p. 334-335.

⁵² *Ibidem*, t. II, p. 154-156.

⁵³ Sartorius, *op. cit.*, p. 268.

en un gran palo que se distinguía esos días santos, junto con los racimos de Judas “con la mecha terciada sobre el pecho y una estupenda bomba en el cuadril”.⁵⁴ Marcos Arróniz, en su descripción del capitalino Sábado de Gloria, dio vida en su relato al ruido, las llamas, el humo, los silbidos y las pedradas de los muchachos y al gran número de curiosos y de gente asomada de los balcones. También a la inevitable reflexión (que no sólo hizo él, como hemos visto hasta ahora en diferentes contextos de la quema de los Judas) de que la sociedad se quedara satisfecha con la apariencia, sin recibir un castigo “el Judas amante, el Judas amigo, el Judas pariente, en que tanto abunda el mundo y que se gozan en sus falsedades”.⁵⁵ García Cubas, por último, enfatizó, a pesar de todo “la expansión de alegría que estallaba en la población”, que, escribió, “no conocía límites”.⁵⁶



Es posible constatar, como lo percibió Prieto cuando estaba por iniciarse el decenio de los setenta, que la festiva costumbre de prender fuego a Judas con lebrero, adquirió nuevas actitudes. Gracias a la fotografía, podemos comprobar que continuó viva la fabricación artesanal y la venta de Judas de cartón. Aunque éstos habían reducido su talla y los juderos empezaban a formar parte de los estereotipados “tipos mexicanos”, frente a Catedral, se congregaban los que seguían ofreciendo racimos de diablos cornudos, sin faltar por ahí en sus cañas uno que otro catrín, si bien, ya no son evidentes los dedicados especialmente a algún traidor de la patria.⁵⁷ A partir de entonces ya no arderían en grandes cantidades en prácticamente todas las calles de los barrios populares, quedando en el recuerdo nostálgico los años en que eran estruendo, humareda, gritos, carcajadas y revancha colectiva hacia los traidores intocables.

⁵⁴ Prieto, *Memorias de mis tiempos*.

⁵⁵ Marcos Arróniz, *Manual del viajero en México. Compendio de la historia de la ciudad de México, [1858]*, primera edición facsimilar, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1991, p. 147-148.

⁵⁶ García Cubas, *op. cit.*, p. 334-335.

⁵⁷ “Vendedor de Judas”, en Cristina Barros y Marco Buenrostro, *¡Las once y sereno! Tipos Mexicanos, Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Lotería Nacional, 1995, p. 109.

Sin embargo, lo interesante de los Judas-traidores-políticos, es que no desaparecieron de la mentalidad mexicana que siguió acudiendo a ellos, como lo evidencia, por ejemplo, su presencia cada Sábado de Gloria en el tema principal de la caricatura y de las crónicas costumbristas de algunos periódicos y revistas. El dibujo que dio portada al periódico de oposición *El Hijo del Ahuizote* del 25 de abril de 1886, muestra a un Judas con el lema “Tuxtepec”, que estalla colgado de una sogá, lanzando cohetes por el aire que portan los letreros de las impopulares “Ley del Timbre” o “Deuda inglesa”. Tampoco se podía escapar Porfirio Díaz de ese característico “juicio del pueblo” en este caso en voz de la prensa de oposición, que con el título de “Triunfó después de tres batallas rudas, Y el mismo vino a ahorcarse como Judas”, lo acusó de haber traicionado al tuxtepecanismo.⁵⁸

Francisco W. González, redactor del “Boletín del Monitor” del 31 de marzo de 1888 (ese día era Sábado de Gloria), reseñó la costumbre mexicana de carbonizar Judas, destacando, asimismo, el asunto de la traición política. Le parecía que era de nunca acabar la lista de las que se habían cometido en México por sus hombres públicos y por los que lo habían explotado y vendido. Sin decir nombres, se refirió a los que se jactaban de su crimen; a los traidores a las instituciones que debían a ellas su elevación y su estado material; a los que hicieron promesas seductoras, manifestaron solemnes deseos de mejorar la situación del país y juraron que se consagrarían a mejorar el bienestar público, y a los que protestaron cumplir y hacer cumplir las leyes, siendo los primeros en quebrantarlas o en consentir y tolerar su infracción. Aunque reconocía que algunos ya habían sufrido su castigo, otros gozaban de total impunidad. A estos últimos dedicó los Judas que tronarían ese día, concluyendo que “ya que no se han ahorcado ellos mismos, se echen al cuello el dogal del remordimiento.”⁵⁹ También consideró este cronista que la traición, que se cometía “en cualquier condición social”, se reflejaba en la variedad de efigies que habían representado lo mismo a altos dignatarios de la Iglesia o del Estado, a generales “llenos de relumbro-

⁵⁸ Fausta Gantús, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la ciudad de México, 1876-1888*, México, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2009, p. 203-205.

⁵⁹ *El Monitor Republicano*, 31 de marzo de 1888.

nes” y a empleados de alta jerarquía en la administración, que a individuos de la hez del pueblo, destacando, entre todos, a los que detentaban poder político o una mejor posición en la sociedad.

El control pudo ser el motivo de que, durante el Porfiriato, los Judas de cartón no portaran una alusión política evidente. Según la nota algo exagerada del periódico *The Two Republics* del 31 de marzo de 1888 (en una sección que informaba sobre los lugares de más interés a los angloamericanos que visitaban nuestro país), el entusiasmo reprimido de chicos y grandes encontraba desahogo con la quema a gran escala “de miles de Judas”, que se colgaban en las calles de Tacuba, Refugio, San Agustín, Rastro, Monterilla y Jesús María. No dejó de lado el narrar la costumbre de la multitud expectante, que se arrebatada las monedas, los dulces o los zapatos que contenían.⁶⁰ En la jornada de ese año, un comentarista destacó (asunto que ya había registrado Guillermo Prieto al mediar esa centuria) que llegó a ver algunos “del sexo bello [...] tronando como arpas viejas en medio de una espantosa algarabía.” Aceptó que se llegaban a dar casos de “Judas del sexo débil” entre las coquetas, las infieles y las traidoras, nombrando a las primeras “pequeños Judas”.⁶¹

The Two Republics se encargó también de recomendar a sus connacionales la asistencia a las variadas representaciones “realistas” de la Pasión (con crucifixión y las tres caídas) que se hacían en los pueblos de Tacuba o Ixtacalco,⁶² o también en el de Texcoco, aunque recomendaba sobre todo la del primero, resaltando con exotismo que ahí “era representada por nativos”.⁶³ Durante varios años siguieron invitando a asistir a ellas en cualquiera de los “pueblos suburbanos”. Sin especificar el lugar donde habría ocurrido, la exhibida por “los indios” en el viernes 15 de abril de 1892, contó, según el “reporter”, con un verdadero colgamiento (que duró cerca de un minuto) de un hombre que hacía el papel de Judas vestido de forma “grotesca”, aderezado con una peluca rubia que ocultaba enigmáticamente su rostro. Según la opinión del que reseñaría la Pasión de la Semana Santa de 1893, si bien Tacuba tuvo la mayoría de visitantes, las escenas

⁶⁰ *The Two Republics*, 31 de marzo de 1888.

⁶¹ Enrique Chávarri [Juvenal], “Charla de los domingos”, *El Monitor Republicano*, 1 de abril de 1888.

⁶² *The Two Republics*, 8 de abril de 1887.

⁶³ *Ibidem*, 30 de marzo de 1888.

más atractivas se vieron en los pequeños pueblos a la orilla del canal de la Viga.⁶⁴ Para 1895 sugerían, además, la función de Coyoacán —también lo hizo *El Universal*— y la de otros pueblos donde hubiera “gran número de indios”. Señalaron que representaban la Pasión con gran reverencia, siendo Judas el personaje que trabajaban más, convirtiéndolo en un hombre horrible.⁶⁵ Un año después, se incorporaron a esa lista de pueblos visitables los de Atzacapotzalco e Ixtapalapa,⁶⁶ perdurando en éste esa tradición hasta el día de hoy.

En las páginas de ese diario, no habían dejado de preguntarse sobre el origen “poco claro” de los Judas del Sábado de Gloria, contestando con honestidad que no sólo no tenían respuesta, sino que tampoco les era “evidente” por qué se practicaba. Según su opinión, esa tradición no podía tener origen en la Iglesia, porque ésta enseñaba “que los viles pecadores serían perdonados” y recomendaron siempre la asistencia a observar esa “peculiar costumbre”, nombrándolo un “espectáculo que ningún extranjero debe dejar de ver,”⁶⁷ cuyo mejor lugar era, según ellos, en las calles que colindaban entre el sur del Zócalo y Rastro.⁶⁸



Para 1891, “el centro de atracción” en cuanto a Judas, era el singular estallido que armaban los *clubmen* del Jockey Club en la segunda calle de San Francisco (donde rentaban unas habitaciones en el Hotel de Iturbide antes de cambiarse a la restaurada Casa de los Azulejos). Los Judas que mandaron a hacer ese año, ofrecieron a la gente un sombrero “en buenas condiciones” y otros “objetos útiles”, por los que hubo fuerte rebatinga y riña, pero sobre todo por los puñados de monedas que arrojaron desde una ventana al numeroso pueblo pobre de la ciudad. El comentarista de *The Two Republics*, escribió con tono sarcástico, que por poco más de una hora la calle se transformó en un *bear-garden*, con la gente a gatas, gritando y peleando, y con

⁶⁴ *Ibidem*, 17 de abril de 1892; 1 de abril de 1893.

⁶⁵ *Ibidem*, 12 de abril de 1895.

⁶⁶ *Ibidem*, 4 de abril de 1896.

⁶⁷ *Ibidem*, 1 de abril de 1893.

⁶⁸ *Ibidem*, 20 de abril de 1889; 5 de abril de 1890.

los del Jockey por encima de ellos, sonriendo como dioses satisfechos de su obra. En su espectáculo de 1892 y ya en su nueva sede, los miembros del club pagaron, además de 300 pesos por los Judas, el costo de algunas ventanas rotas a causa de los tumultos.⁶⁹

El Sábado de Gloria de 1893, mereció variados comentarios y polémicas en distintos periódicos de la capital a propósito de la quema de Judas. Según Juvenal, responsable de la sección “Charlas Dominicales” de *El Monitor Republicano*, el día anterior habían escaseado los Judas y por lo tanto, no había parecido Gloria “la juerga del sábado de ídem”.⁷⁰ En ese mismo tono se manifestó *El Siglo Diez y Nueve*, apuntando que “esa farsa ridícula” de quemar muñecos de cartón simulando al Iscariote (que pensaban “introducida por el catolicismo”), iba decayendo y no interesaba ya “ni a los muchachos”.⁷¹ No tardó *La Voz de México* —autodefinido como un periódico religioso, político, científico y literario— en rebatir este último comentario, para, al tiempo de hacer una reseña de lo que desde su punto de vista sucedió esa Semana Mayor, apuntar que se había demostrado con los Judas, que todo lo que habían hecho los gobiernos “ateos” en veintiséis años para conseguir la descatolización de México prohibiendo las manifestaciones externas de culto, había sido “inútil”. Aunque entendían que esa tradición era burda y “de las más débiles”, expresaron que tenía por origen la devoción y las creencias católicas de las masas populares, que sabían celebrar con risa “el merecido castigo” que sufrió el discípulo traidor que vendió a Jesucristo.⁷² Con no menos demora, contraatacó el cronista de *El Siglo* opinando que la quema, no significaba manifestación religiosa alguna, sino un simple y entusiasta entretenimiento pirotécnico, de un pueblo que “no desaprovechaba ninguna circunstancia para divertirse lo más ruidosamente posible”.⁷³

Fue *El Universal*, el único periódico que se atrevió a calificar como “¡Iniquidad!” el asunto de los afamados Judas del Jockey. Creía el diarista que había sido el mismo Iscariote el que había acompañado a los elegantes y pulcros *clubmen*, que con mano enguantada pegaron

⁶⁹ *Ibidem*, 29 de marzo de 1891; 17 de abril de 1892.

⁷⁰ *El Monitor Republicano*, 2 de abril de 1893.

⁷¹ *El Siglo Diez y Nueve*, 1 de abril de 1893.

⁷² *La Voz de México*, 2 de abril de 1893.

⁷³ *El Siglo Diez y Nueve*, 3 de abril de 1893.

las monedas ofrecidas en aparatosa representación.⁷⁴ Ese año de 1893, tuvieron que pedir “de modo especial” gendarmería de a pie y montada, que dio palos y cintarazos a diestra y siniestra a la gente, echándoles los caballos encima. El que la multitud se arrojara sobre los Judas carbonizados para quitarles lo que tenían de valor mientras los del Jockey “reventaban de risa” gozando “hasta lo sublime con esa riña salvaje”, lo motivó a recordar, por un lado, que ya el comercio había protestado por ello el año anterior y por el otro, a solicitar al gobierno del Distrito que lo prohibiera por indigno e injusto y por “sonrojar a la sociedad culta”, preguntándose como reflexión final si las miserias de la gente debían servir para “recreo de los próceres”.⁷⁵

En *El Diario del Hogar*, además de llevar la contraria al *Monitor Republicano* y al *Siglo Diez y Nueve* diciendo que “fue incontable el número de Judas”, hubo un reconocimiento a “los mejores”, esto es, a los del “palacio que ocupa el Jockey Club”, subrayando que desde ahí, al terminar, fueron lanzados al pueblo “algunos puñados de monedas”.⁷⁶ Por su parte, el columnista “Harry” de *El Nacional*, también era de la opinión que la quema del traidor apóstol fue general y en su caso, se contentó con señalar que la diversión de los miembros del círculo databa de cuatro o cinco años atrás, congregando siempre a un “mar de gente” por “la buena cantidad” de dinero que soltaban las figuras una vez que eran hechas pedazos por los cohetes. Consideró a “la bola” como muy grave, en la que, a pesar de los gendarmes, hubo una media docena de descalabrados.⁷⁷

Los Judas de 1895 merecieron varias noticias. Por un lado, una larga y filosófica reflexión de *El Siglo Diez y Nueve* firmada por *Alter ego*, donde se preguntaba qué es lo que haría la humanidad sin el discípulo traidor, respondiendo que lo reemplazaría con cualquier “agente”, porque los traidores eran un símbolo eterno —“Judas es

⁷⁴ Se trató, de acuerdo con ese periódico, de un gran globo aéreo “constelado de monedas” en cuya canastilla iban los monigotes que representaban a un mulato, a un mantequero montado en un cerdo cruzados ambos por “sartas de chorizos”, reales y pesetas, monedas que también portaban un “cantador” que tocaba la guitarra y un “pordiosero”.

⁷⁵ *El Universal*, 2 de abril de 1893.

⁷⁶ *El Diario del Hogar*, 2 de abril de 1893.

⁷⁷ *El Nacional*, 2 de abril de 1893.

el político que engaña, el rico que pone precio a la honra”— afirmando que no había en México un día tan alegre como el Sábado de Gloria, en cuya atmósfera y en la conciencia de todos se sentía el espíritu de Judas que vivía en cada traidor.⁷⁸ *El Universal* apuntó que, como venía sucediendo desde hacía varios años, no faltaron los Judas a un lado de la catedral, junto a los puestos de matracas y a los carretones de loza de Guadalajara, y con respecto al Sábado Santo, dijo que desde temprano se veía a mucha gente por las calles, esperando que se abriera la Gloria para deleitarse con la quema de costumbre, si bien, enfatizó el reportero, había decaído el entusiasmo por los Judas.

Interesante resulta para nosotros, conocer, a partir de la descripción de los monigotes de esa temporada, el imaginario del heterogéneo concepto de traición que permeaba a la cultura popular porfiriana de fin de siglo: un charro “bien imitado”, aguadores, toreros, hombres elegantes y “la generalidad de los tipos con que diariamente se encuentra uno en la calle”. Escribió que donde hubo más afluencia de curiosos y más desorden fue enfrente del Jockey “por las monedas que se arrojan”,⁷⁹ y es posible, que además del descontento de algunos cultos, el triste accidente ocurrido a un cargador que le cayó encima un Judas ardiendo ocasionándole graves quemaduras, llevaran a que esa de 1895 fuera la última función de los socios. Y es que ese día no sólo hubo gresca ahí, sino también en Plateros —unos “americanos” desde su habitación en el Iturbide decidieron arrojar monedas a la calle—, y en las esquinas de Gante y San Francisco y en la de esta vía y Vergara, decidiendo en ésta el “pueblo” tomar la calle, arrojando a los coches pedazos de Judas carbonizados impidiendo su tránsito. Al día siguiente, a partir de la información que se recabó en ese mismo diario, dijeron que realmente los gritos y los estropeos provenían en todos los casos de turbas de rateros y desocupados y no de la gente pobre.⁸⁰

Para la Semana Santa de 1896 —que se conmemoró entre el jueves 2 y el domingo 5 de abril— aunque hubo algunos Judas

⁷⁸ *El Siglo Diez y Nueve*, 15 de abril de 1895.

⁷⁹ “La Semana Santa en México. Fiestas Religiosas y Profanas”, *El Universal*, 14 de abril de 1895.

⁸⁰ *Idem* y *El Universal*, 16 de abril de 1895.

tronadores y gritos de la multitud, en *El Nacional*, “Don Nadie” confirmó la referencia a ellos como “cosas que fueron”, evocando sus miembros enredados con las “salchichas” llenas de pólvora que terminaban en bombas estridentes. Recordó como efigies más emblemáticas y comunes de su época —describiendo sin quererlo a los tipos característicos de la misma sociedad que los prohibaba— las gustadas figuras “del gendarme, el funcionario, la jamona, el lagartijo, la polla ridícula, el charro, el aguador, los perros, los gatos, los guajolotes y las mil y mil estrambóticas semblanzas”, encabezando la lista de sus nostálgicas preferencias los de Tacuba, Indio Triste y los Gallos, calle esta última, donde la primera brigada de artilleros quemaba Judas de todos tamaños, de los que se desprendía al reventar, una lluvia de teleras, bollos y roscas que “el populacho” se arrebatada con manos, uñas, dientes y pies.⁸¹

Otra noticia de ese día destacada por varios diarios capitalinos, fue el adulador “agradecimiento” al presidente Porfirio Díaz por haber aplazado ese año las celebraciones públicas del 2 de abril,⁸² respetando, según el columnista “Mab”, las creencias de la mayoría de los mexicanos y cimentando con ello la paz pública.⁸³ Aciaga novedad de esa jornada fue que hubo gente quemada por culpa de un Judas de la calle de Santo Domingo (llevaba consigo “relojes, leontinas y algunos objetos de cierto valor”) que se desprendió de la cuerda que lo sostenía, estallando sus bombas, precisamente, cuando la gente se lanzó sobre él.⁸⁴ Los cada vez más escasos Judas de los últimos años del siglo XIX, sólo serían noticia para los extranjeros que buscaban excentricidades que no les satisfacía el pugilato, aprovechando el diario *The Two Republics* para destacar “la brutal ferocidad de hombres y mujeres de las clases bajas para poseer algunos despojos”.⁸⁵ En *El Correo Español*, la mexicana tradición de los Judas, les sirvió de pretexto para criticar “la codicia y las ambiciones yankees” que faltaron a la lealtad a España a propósito del apoyo que

⁸¹ *El Nacional*, 4 de abril de 1896.

⁸² El 2 de abril de 1867 resultó victorioso en un enfrentamiento con las tropas francesas que invadían México, convirtiendo esa fecha en un día de culto a su persona durante casi todo su mandato.

⁸³ “Breves notas de ‘Mab’”, *El Nacional* 4 de abril de 1896.

⁸⁴ *El Monitor Republicano*, “Gacetilla”, 5 de abril de 1896.

⁸⁵ *The Two Republics*, 17 de abril de 1897.

prohijaban a los cubanos para lograr su independencia, considerando que el “Tío Sam”, era el verdadero Judas traidor de los tiempos políticos que vivían.⁸⁶



La historia de los Judas en el siglo XX, marcó importantes cambios, pero también demostró continuidades. Desapareció la costumbre de los panaderos de tronar muchos apetitosos figurones, así como la burlesca, farisaica y autoritaria moda porfiriana de tirar puños de monedas y de colocar algunas de ellas además de distintos obsequios en los monigotes, con su consecuente desbordado conflicto por la abismal diferencia social que se había profundizado para entonces. En algunos barrios de la ciudad no se perdió la tradición, aunque fueran cada vez a menos. Sugestivo es, sin embargo, que la cultura popular rescató al cohetero Judas con directa alusión personal a la traición política, incluidos, desde los que se apropiaron de la revolución iniciada en 1910,⁸⁷ hasta sus variados gobernantes corruptos de cada sexenio.⁸⁸

Los rasgos carnalescos permearon a la cultura cómica popular, proveyéndola de muchas formas y manifestaciones que encontraron en el humor y la risa, una actitud frente a la seriedad de los que intentaban imponer normas y comportamientos.⁸⁹ Sin embargo, aunque los Judas mexicanos pertenezcan al rango de lo carnalesco, no encuentro en el comportamiento que llevaba al catártico trueno de

⁸⁶ *El Correo Español*, 10 de abril de 1898.

⁸⁷ Otra fotografía de la primera década del siglo XX, muestra a dos juderos ofreciendo algunos diablos, junto con una buena cantidad de grandes monigotes que representan a distintos generales revolucionarios.

⁸⁸ Véase, por ejemplo, *La Jornada*, 8 de abril de 2012, donde se registró que el día anterior, el consentido para ser quemado en pocos puntos del Centro Histórico fue el candidato presidencial del PRI Enrique Peña Nieto. Además de arder la figura de Marcelo Ebrard, en los puestos del Mercado de Sonora, entre montones de judas-diablos, dominaba la del ex presidente Carlos Salinas de Gortari, “personaje que llegó para quedarse en la representación de la judería”. La noticia fue también que si bien los pocos que se quemaron medían varios metros, había desaparecido su venta de las calles de la ciudad y las efigies ya eran piezas de museo.

⁸⁹ Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, México, Alianza Universidad, 1993, p. 4.

su efigie, la igualdad de todos que permitía el día de libertad del carnaval (donde se franqueaban las barreras de condición, fortuna, empleo y situación familiar trastocando el orden existente),⁹⁰ ni mucho menos, la materialización “del mundo al revés” o los característicos rituales de inversión del mundo conocido.⁹¹ Acá el pueblo no dejó de serlo cada Sábado de Gloria, día solemne en el que hacía su alegre y singular juicio político, empleando para ello gran sentido del humor (del que nunca ha carecido), al que acompañaba el gozoso estallido pirotécnico, que siempre ha ido de la mano de gritos, aplausos y silbidos. Como expresó Roger Chartier, la fiesta siempre es un lugar de posible crítica, de peligro potencial, que pone en escena las divisiones por las que atraviesa una sociedad, de ahí los intentos eternos de control sobre ella,⁹² asuntos todos que son constatables en nuestra historia de los Judas. Pero, como también escribió Jorge Portilla, si bien el relajo es un aspecto de la moralidad mexicana y un compartido acto de liberación (con su carácter de digresión, de desvío del valor propuesto desde arriba y su actitud de disidencia), su acción dirigida sólo al desorden, enmaraña las vías de acción, llevando a ésta a un callejón sin salida,⁹³ como se expuso, igualmente, con esa alborotada quema de traidores, que quizá molestó momentáneamente a los de carne y hueso, pero que mantuvo impertérrita su acción.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 5.

⁹¹ Burke, *op. cit.*, p. 12 y 13. Por su parte, con una interpretación diferente a la mía, William Beezley escribió que “los festivales de Judas demuestran drásticamente la inversión del orden de la sociedad”, *op. cit.*, p. 145.

⁹² Roger Chartier, “Disciplina e invención: la fiesta”, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1995, p. 32-36.

⁹³ Jorge Portilla, *Fenomenología del relajo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 14, 20, 82, 83 y 85.